

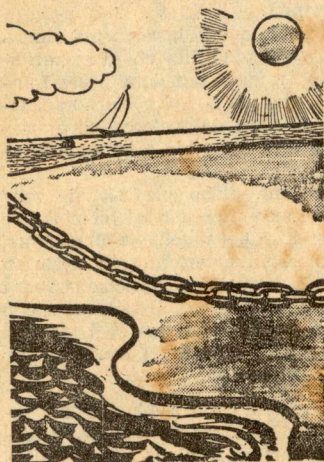
El Sol y el Mar No Tienen Dueño

por *Sebastián Salazar Bondy*

Los días del más cálido verano han llegado ya y ello pone sobre el tapete el agudo problema de la falta de zonas de recreación balnearia de que padece la población popular de Lima, constreñida como está, debido a la dificultad de los desplazamientos y a la creciente conversión de gran parte de las playas vecinas en arbitrarias "propiedades privadas", a acudir únicamente a las que se hallan en el perímetro urbano (Agua Dulce, La Herradura, etc), cuya capacidad resulta a todas luces insuficiente. Afortunadamente en Lima el mar está, como sucede en pocas capitales, próximo a la ciudad, y el solaz favorito del estío, cuando las cosas se organicen debidamente, no será como hasta hoy sólo para los privilegiados. El millón de habitantes que posee la ciudad —que el tiempo, además, multiplicará sin pausa— exige la elaboración de un programa previsor al respecto y pide una acción ejecutiva inmediata en pos de una más justa distribución de los beneficios naturales de nuestra posición geográfica.

La Oficina Nacional de Planeamiento y Urbanismo viene estudiando la situación con el rigor técnico que la caracteriza y en dichos análisis ha determinado que es preciso habilitar playas para el esparcimiento popular capaces de albergar con holgura (20 m2 por persona, como mínimo) el 10% de la población limeña. En la actualidad, dentro del standard señalado, las playas con que se cuenta no tienen una capacidad superior de 40.000 bañistas, la cual, como es obvio, constituye una cifra muy por debajo de las necesidades perentorias que son evidentes. De ahí que, como lo ha informado nuestro diario, la aglomeración dominical en los balnearios cercanos (incluido An-

cón) presente el aspecto de un verdadero drama colectivo. Para los especialistas de la Oficina Nacional de Planeamiento y Urbanismo urge la dotación de tres playas más a la demanda popular. Ellas son Ventanillapampa (a 20 km.), La Chira (a 15 km.) y Conchán (a 25 km.), que por su extensión pueden alojar a 120.000 personas sin que



sufran los desagradables inconvenientes del abigarramiento humano. Sin embargo, en el caso, por ejemplo, de la última de las playas mencionadas, un prurito de exclusividad la ha cerrado a la afluencia libre, despojando así a la ciudad de un indispensable espacio de expansión veraniega.

No hace falta un esfuerzo de reflexión muy agotador, por cierto, para concluir cuál es la importancia social e higiénica de los sectores de recreación estival, en relación con el sol y el mar, y cómo la escasez y la dificultad para obtenerlos pueden influir en la salud moral y física de los pobladores de Lima. Quizá pueda resumirse todo en la idea de que la miseria resulta más llevadera si los que son vic-

timas de ella pueden ser dueños, aunque sea por unas horas y una vez por semana, de ese bien inalienable que es la naturaleza. Contra todos los males que fermenta la ciudad por sí sola —los vicios, los resentimientos, los raquitismos, las servidumbres, etc. — existe el alivio espontáneo de la vegetación, el aire, la luz y el agua, que ambiciosos y egoísmos imperdonables están tratando de quitarle a la mayoría, en un afán de propiedad cuyos frutos de rencor y odio tal vez coseche el país dolorosamente en el futuro. Las autoridades pueden, si sus protestas de democracia responden a una fe y no a una simple postura política, conjurar esa amenaza tomando las medidas adecuadas para dar a todos lo que es de todos. Y en este orden, las playas no son algo secundario. En el fondo si a las masas se les quita la naturaleza, ¿cómo arrancarlas, tal como lo reclama la frecuente invectiva de los moralizadores, de las tabernas, de los lugares de juego, de las tentaciones malignas? No cabe pedir vida ética sin haber dado previamente un mínimo de bienestar.

La habilitación de nuevas áreas de recreo popular requiere un programa que sea, al mismo tiempo, amplio y completo. Vías de comunicación, transportes, instalaciones, etc. tienen que complementar la creación de dichos centros de esparcimiento. Una organización técnica podrá echar las bases de una verdadera cruzada en lo que atañe a este crítico punto de nuestra vida ciudadana, antes de que el mar, como tantos otros dones cuyo beneficio debería ser colectivo, sea convertido en el coto cerrado de unos cuantos, tal como parece que está en camino de devenir. Lo que será, en el más estricto sentido de la palabra, hacer justicia.